

De Diego, Estrella. *Rincones de postales: turismo y hospitalidad*. Cátedra: Madrid, 2014.

Yuji Kawasima

“¿Cómo aprender a viajar de otro modo?”, se pregunta Estrella de Diego en *Rincones de postales: turismo y hospitalidad* (p. 206), estudio en el que se aproxima a la experiencia contemporánea del turismo para visitar algunas temáticas fundamentales en su recorrido intelectual como historiadora del arte. A lo largo de sus seis capítulos escritos con su peculiar tono ensayístico, De Diego reflexiona sobre el estatuto social de los viajes a inicios del siglo XXI como vía para cuestionar la vigencia de los relatos culturales que fundan la modernidad. De hecho, bastaría con sustituir en su pregunta el verbo “viajar” por el de “ver” para entender la vocación de este volumen. Más que un análisis sobre la perversa lógica visual promovida por el turismo, el texto invita a recuperar nuestra capacidad sensible frente a aquello que, con suerte, puede sorprendernos mientras nos desplazamos –ya sea por las calles de una ciudad o por los pasillos de un museo–.

Dudando del optimismo “posmoderno” hacia la figura del turista, De Diego recupera a autores cruciales como Dean MacCannel, que tanto popularizó la idea del turista como máximo representante de la soñada globalización multicultural y que, según él, encarnaría la dimensión subjetiva del “hombre-moderno-en-general¹” al promover el ocio como un sistema supuestamente democratizante (pp. 41 – 48). Son ante todo las paradojas y contradicciones que se desprenden de la figura del turista las que interesan a la autora. Ahí donde la supuesta universalidad del discurso del turismo se resquebraja, De Diego localiza una posibilidad de resistencia frente a las dinámicas automatizadas de esta industria, que en muchos aspectos siguen replicando las empresas coloniales –en tanto promotoras de experiencias movidas por lógicas extractivistas e invariables malentendidos–. Estas dinámicas que, independientemente del público al que se dirigen –ya sean las masas que desean libertarse por unos instantes del mundo del trabajo, o los selectos grupos portadores de intereses, en teoría, más elevados y exclusivos–, acaban confundiendo “mirar” con “ver”. Torpe identificación que nos dirige a la oposición conceptual que atraviesa toda la argumentación del libro: la del “turista” *versus* el “viajero”.

Según la autora, el turista sería aquel que viaja mediante guiones preestablecidos, tutorizado por narrativas eminentemente visuales ofrecidas por el mercado masivo del turismo. Así, al turista le estaría vedada cualquier posibilidad de aventura, de descubrimiento fortuito y, sobre todo, de transformación subjetiva; pues al final, ésta solo puede surgir en el encuentro imprevisible con una fuente de emociones inéditas, proporcionada por un salirse de las trayectorias preconcebidas y por una

¹ MacCannel, Dean. *El Turista: una nueva teoría de la clase ociosa*. Barcelona: Melusina, 2003, p. 3.

fina capacidad de “ver” más allá de la mirada establecida. Lo irónico es notar que, de algún modo, los turistas actuales acaban funcionando como aquellos “viajeros intactos” promovidos por la Ilustración, caballeros que no se permitían mezclarse con los “locales”, con los “nativos” que, en principio, son quienes siempre permanecen invariables e inmóviles, sin vida propia, mientras los supuestos sujetos del saber atraviesan sus territorios (p. 35).

Sin embargo, cuando reivindica De Diego la figura del “viajero”, lo hace en tanto figura vacilante, lejos de cualquier heroísmo. Identifica en él una predisposición a “ver” en detrimento del “mirar”, permeable al intercambio emocional que, argumenta la autora, está en la base de la experiencia intercultural propiciada por los viajes. El viajero sería entonces el sujeto que, desde una relación simétrica de poder, se permite participar de un intercambio pautado por la “hospitalidad” –término propuesto por Derrida y que la autora recupera como esa rebelde habilidad que diferencia un turista banal del viajero que desea desmentir a MacCannel (para quien, de una forma u otra, todos somos turistas). En definitiva, el texto reclama la posibilidad de dejarnos contaminar, en nuestros desplazamientos, por el “otro”. Un “otro” que, como categoría relacional, puede ser tanto el que nos recibe, como aquel a quien recibimos (p. 57).

En ocasiones, y quizá en sus pasajes más sugerentes, la autora desmantela esa condición binaria ligada a la oposición cualitativa entre “turista” y “viajero”. Hace de su argumentación algo más vulnerable, poniéndose en jaque a sí misma al explicitar, en diferentes pasajes, su propia dificultad para emanciparse por completo de los recorridos –territoriales y epistemológicos–, impuestos por la lógica turística. Relata las veces que ha intentado, con mayor o menor éxito, verse a sí misma como viajera. Y a pesar del tono en apariencia pesimista del texto, al ponerse en crisis también, De Diego acaba sugiriendo que Stendhal, Goethe y Proust –célebres viajeros repetidamente mencionados por su capacidad, ante lo nunca antes visto, de sentir un “temblor en sus rodillas”– son sobre todo modelos que, aunque inspiradores, no dejan de ser también excepcionales (p. 34). Es además la aparición seguida de esta metáfora del temblor la que despierta un deseo de insumisión en la autora, frente a la imposibilidad de viajar “como antes”; pues cuando utiliza la metáfora en primera persona, lo que evidencia De Diego es su propia incapacidad para alejarse del texto. ¿No radica, al final, la crítica al proyecto moderno de los viajes en dejarse atravesar por la duda misma? Y al revés, ¿no sería el punto de vista distanciado del mundo, supuestamente objetivo y universal, el lugar de enunciación del intelectual moderno que es –como sugiere Caren Kaplan, otra de las referencias del libro– tan occidental, colonial, modernista y masculino como la propia cultura de los viajes?²

Si es cierto que ya “no quedan sitios donde huir” (p. 10), se pregunta De Diego: ¿para qué seguir viajando entonces? (p. 36) Está claro que en un mundo en el que el sentido de aventura ha sido hábilmente aprehendido por el capitalismo de experiencias, parece imposible encontrar algo dignificante *per se* en el mero acto de cruzar fronteras y de “haber llegado allí” (p. 50). Tal vez por eso resulte especialmente curioso visitar esta obra –concebida bajo los efectos de la crisis económica mundial de 2008, innumerables veces mencionada en sus capítulos–, justo en medio de una crisis sanitaria global provocada por la pandemia del covid-19. Crisis sanitaria que, entre sus muchas consecuencias, golpea de lleno al sector de servicios y, en especial,

² Cf. Kaplan, Caren. *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement*. Durham/Londres: Duke University Press, 2005.

a la industria del turismo que, a pesar de los debates críticos de la década pasada, sigue siendo determinante para el posicionamiento del Estado Español, tanto en la geopolítica y como en la economía globalizada.

Aeropuertos cerrados, fronteras hipervigiladas, eventos internacionales cancelados, restablecimiento de retóricas nacionalistas, xenófobas y racistas, museos desiertos, calles vaciadas y contactos interpersonales reducidos al mínimo, ponen en entredicho no solo la sostenibilidad actual de la actividad turística sino, sobre todo, nuestra predisposición a la “contaminación” —en sus más variados sentidos—. ¿Era posible imaginar que algo así fuese capaz de interrumpir de tal forma la maquinaria mundial del turismo? Aunque *Rincones de postales* no prevé este mundo pandémico desprovisto prácticamente de viajes, identifica la matriz de aquello que, sin sorpresas, no ha dejado de ocurrir pese a las alarmas sanitarias y a las políticas de confinamiento. A semejanza de lo que cuenta su autora en las primeras páginas, donde analiza cómo se ha ido popularizando la escalada del Everest —el llamado “techo del mundo” convertido en absurdo parque temático—, en mayo de 2020 la prensa mundial anunciaba que la Nasa, junto con la empresa SpaceX, lanzaban un cohete al espacio, abriendo así nuevas posibilidades para el ansiado turismo espacial privado³. Acontecimientos como este no solo consolidan el turismo como una de las fórmulas más atroces del consumo (p. 50), sino que constatan también la pertinencia actual de esta publicación. Pues al sugerir acercamientos críticos a estas disparatadas expediciones del capital, parece ser que al final este libro también acaba, aunque de forma involuntaria, reflexionando sobre el actual dilema vital experimentado tanto por turistas como por viajeros; ya que pese a sus posibles diferencias, de algún modo coinciden cuando se ven obligados a decidir entre las consecuencias de salir o quedarse en casa en esta temerosa segunda década del siglo. Como sugiere De Diego, “así son las aventuras, hasta las mejor ideadas: a veces nos va en ellas la vida. (p. 21)”

³ Véase Guimón, Pablo. “SpaceX pone a dos astronautas en órbita y marca un hito en la carrera espacial privada” en *El País*, 31 de mayo 2020. Disponible en: <https://elpais.com/ciencia/2020-05-30/sigue-en-directo-el-lanzamiento-de-la-nave-espacial-dragon-crew.html>